

vedís! Así, la avaricia no solo degrada el carácter del hombre, sino que le quita, por decirlo así, el uso de la razón.

Fin trágico de un avaro.

Un acaudalado del siglo XVIII, llamado Thoynard, había juntado una suma muy considerable, privándose durante muchísimos años de todas las dulzuras de la vida. Desconfiado, como todos los avaros, se asustaba al menor ruido que oía, temblando por su querido tesoro. Para preservarle de todo peligro, llamó un día á un albañil para que construyese un retrete subterráneo, donde pudiese entrar por medio de un escotillon movido por un muelle secreto. Convinieron en el ajuste, y habiendo prometido el albañil guardar el secreto mas inviolable, construyó el subterráneo aposento, bajo la vigilancia de Thoynard, abriendo y cerrando por dentro y fuera la tabla movediza que franqueaba ó interceptaba la entrada.

Todo lo examinó el avaro con atencion, y despues de haber ensayado repetidas veces el mecanismo, despidió al trabajador, pagándole muy á pesar suyo, la cantidad prometida. Todos los días iba á visitar su querido tesoro y creyéndose allí en seguridad, contemplaba con delicia, durante horas enteras, las relucientes monedas de oro, contando y recontándolas encima de una mesa.

Un día, mientras estaba mirando fijamente aquellos montones de oro, se apaga de repente la luz. Quiere salir el avaro, y no puede atinar el secreto. En su inquietud, hace vanos esfuerzos para levantar el escotillon, y no pudiendo conseguirlo, grita desafortadamente, implora socorro; pero su voz se estrella en las paredes del subterráneo. Así pasan muchos días sin que nadie sepa lo que le ha sucedido, y toda su familia estaba en la mayor inquietud. La noticia de su desaparicion corre por toda la ciudad y llega hasta oídos del albañil que había construido el cuarto subterráneo; este hombre sospecha que el mecanismo de la trampa

se ha desarreglado y corre á revelar el secreto á un magistrado. El juez va á casa del avaro con el albañil, levantan el escotillon y ven con horror á un hombre sin vida encima de un tesoro.

§ IV. SENCILLEZ, SOBRIEDAD.

El lujo, multiplicando las necesidades, enciende la sed de riquezas y mantiene en el corazón un fondo de avidez. La sencillez de costumbres, desprendiendo al hombre de los objetos exteriores, es como un baluarte impenetrable que defiende su virtud. (D'AGUESSEAU.)

No os dejéis seducir por el fausto, pues solo la virtud merece ser admirada. (MADAMA DE LAMBERT.)

Un modo de vivir sencillo y frugal conserva la salud, mantiene la tranquilidad del ánimo y asegura la independencia. (B.)

El ser sóbrio no es una gran virtud, pero el no serlo es un defecto muy grande. (CRISTINA, REINA DE SUECIA.)

Un sabio médico decía á sus enfermos: « Con ejercicio, alegría y sobriedad, podreis prescindir de mi asistencia. »

La destemplanza y la embriaguez arruinan el temperamento, degradan el alma y oscurecen la inteligencia. (B.)

Sencilla apariencia.

Filopemen tenía un exterior muy sencillo. Un día que estaba convidado á comer en casa del primer magistrado de una ciudad, llegó allí muy temprano, y la mujer del magistrado, creyendo que era el criado de Filopemen á quien su amo enviaba de antemano para ayudar á servir á la mesa, le encargó que cortase leña. Filopemen, sin desengañarla, puso manos á la obra. Este rasgo admirable es el asunto de un hermoso cuadro de Rubens, célebre pintor flamenco.

Casa modesta.

El canceller Bacon tenía tanta modestia como mérito. Isabel, reina de Inglaterra, estando recorriendo las provincias de su reino, quiso ver la casa de campo que hizo

edificar el canciller ántes de su elevacion, y que no engrandeci6 despues: «Vuestra casa es muy pequena, dijo la reina á Bacon. — Señora, respondi6 éste, mi casa es bastante grande para mí; pero vuestra majestad me ha hecho á mí demasiado grande para mi casa.»

Sencillez en los muebles.

El duque de Borgoña era nieto de Luis XIV y padre de Luis XV. Este príncipe, cuya pérdida sintió tanto la Francia, mostraba en la corte mas magnífica del universo una extrema indiferencia por todo fausto y todo gasto inútil. Le propusieron embellecer una habitacion con chimeneas mas lujosas y á la moda, pero no viendo la necesidad de su reforma, prefiri6 conservar las antiguas. Un escritorio de tres mil francos que le aconsejaban que comprase, le pareció demasiado caro y buscó otro viejo para trabajar. Así procedia siempre, y el motivo de esta economia era el de ponerse en estado de socorrer con liberalidad á los pobres.

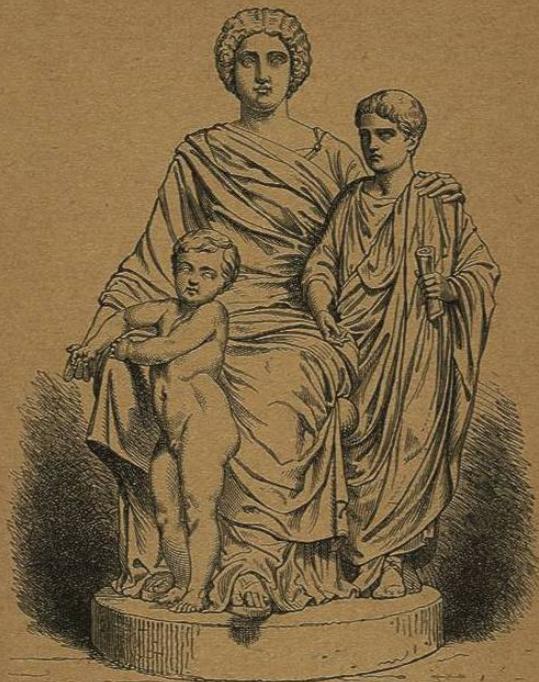
Sencillez en los vestidos.

Carlo-Magno llevaba en invierno un simple jubon de piel de nútria, una túnica de lana, una capa azul, y por calzado unas sandalias atadas con tiras de diferentes colores. Cuando los jóvenes magnates se presentaban delante de él, vestidos con preciosas pieles y ricas telas de seda, se divertia en llevarles consigo á caza, por medio de bosques y pantanos. Fácil es figurarse cómo se pondrian aquellos magníficos trajes: «¡Qué mal parados estais! les decia riendo Carlo-Magno; habeis estropeado vuestros ricos forros, y mi capa no es ni ménos hermosa ni ménos bella que ántes.»

Las joyas de una madre.

Cornelia, hija del famoso Escipion y mujer de gran mé-

rito, se hallaba un dia en una reunion de señoras que, despues que se enseñaron mutuamente sus piedras preciosas



FAQUIER 66

CAVELIER

GOTTRAND 52

Cornelia y sus hijos.

y adornos, la preguntaron cuáles eran los suyos. Cornelia envió á buscar á sus hijos, que educaba con el mayor esmero, y presentándolos á aquellas damas, les dijo: «Hé aquí mis joyas y mis adornos.»

Adorno del soldado.

Miéntas Ciro, sobrino y heredero del rey Ciaxaro, se ocupaba en disciplinar algunas tropas, su tío le hizo avisar que los embajadores del soberano de las Indias acababan de llegar á su córte, y le rogaba que acudiese á toda prisa. « Os traigo vestidos magníficos, dijo el correo, porque el rey desea que os presenteis pomposamente vestido ante esos extranjeros. » Parte Ciro sin perder un instante, y llega á presencia del rey con los sencillos vestidos que acostumbraba llevar. Ciaxaro se alegró de la pronta llegada de su sobrino, pero al mismo tiempo quedó sorprendido y aun descontento de la sencillez de su traje: « Si me hubiese puesto un vestido de púrpura, dijo Ciro, y adornado con brazaletes y cadenas de oro, ¿ os hubiera hecho mas honor del que os hago con el sudor de mi rostro, que prueba á todo el mundo la prontitud con que he cumplido vuestras órdenes? »

Esmero extravagante en la compostura.

Vespasiano, emperador romano, confirió un ascenso á uno de sus oficiales, y éste fué á darle las gracias lleno de exquisitos perfumes. Al percibir tantos olores, irritóse Vespasiano, y le dijo: « ¿Cómo puede perfumarse así un hombre? ¡ Yo preferiría que oliéseis á ajos! »

No hay que tomar á la letra estas palabras de Vespasiano, pues su verdadero sentido es que el esmero exagerado en la compostura y los adornos en el atavío, son disculpables en las mujeres, pero indignos de un hombre.

Comida frugal.

Probo, uno de los mas ilustres emperadores de Roma, anciano de costumbres sencillas y austeras, sostuvo una gran guerra contra los persas que habian invadido el imperio. Habiéndose sentado un dia sobre la yerba para

tomar una comida frugal, compuesta de unos guisantes cocidos la víspera y algunos pedazos de carne salada de cerdo, fueron á anunciarle la llegada de los embajadores de Pérsia. Mandó que los llevasen á su presencia, y les dijo: « Yo soy el emperador, y os encargo digais á vuestro amo que si no hace pronto la paz con nosotros, ántes de un mes dejaré vuestros campos tan desnudos de árboles y casas como lo está mi cabeza de cabellos. » Y al decir esto, se quitó el gorro para que viesen que era calvo. Convidóles despues á participar de su frugal comida, si tenian necesidad de comer, « ó si no, añadió, os aconsejo que os marcheis cuanto ántes. » Los embajadores transmitieron esta respuesta á su soberano, quien, lo mismo que sus cortesanos, se asustó de haberlas con un hombre tan enemigo de las delicias y del lujo. Fué en persona á ver á Vespasiano y le concedió cuanto le pidió.

Comida modesta.

Conversando con Sócrates un ateniense, se quejaba de su inapetencia y de hallar malo todo cuanto comía. « Yo sé un remedio infalible para vuestro mal, le contestó el filósofo: comed ménos; los manjares os parecerán así mas agradables, disminuiréis vuestros gastos y os hallareis mejor. »

Este mismo sabio, debiendo un dia dar una comida, respondió á uno de sus amigos que parecia extrañar que no hubiese hecho mas preparativos: « Si mis convidados son juiciosos, tengo bastante para ellos; si no lo son, tengo de sobra. »

Vida frugal.

Es difícil corromper al hombre moderado y desinteresado que tiene pocas necesidades y sabe contentarse con lo que posee.

Queriendo el ministro inglés Walpole atraer á su partido á un hombre influyente, fué á buscarle en persona, y

le dijo: «Vengo en mi nombre y en el de todos los ministros del rey, á decir os cuánto sentimos el no haber hecho hasta ahora nada por vos, y á ofreceros al mismo tiempo un empleo digno de vuestro mérito. — Señor, le replicó su interlocutor, ántes de responder á vuestros ofrecimientos, permitid que me traigan la cena en vuestra presencia.» Y al decir esto le sirvieron un picadillo hecho con las sobras de la carne de la comida. «Señor ministro, dijo entonces á Walpole, ¿creeis que se pueda seducir fácilmente á un hombre que se halla satisfecho con semejante cena? Id á decir á vuestros colegas lo que habeis visto, pues es la mejor contestacion que puedo daros.»

Destemplanza.

Polemon, jóven ateniense, llevaba una vida de lujo y placeres, entregado á la destemplanza, y no se ocupaba en nada bueno ni útil. Un dia, al salir de una fiesta nocturna, volvía á su casa al amanecer, y vió que, á pesar de lo temprano de la hora, la puerta del filósofo Jenocrates estaba ya abierta. Sobrecogido de repente de una idea descabellada, quiere divertirse á costa del filósofo y burlarse de su sabiduría en su mismo santuario. Llevaba la cabeza coronada de rosas, iba vestido con una vistosa túnica, y tenia los brazos medio desnudos, los ojos soñolientos y el color encendido.

En este estado fué á sentarse en los bancos de la escuela, ocupados ya por numerosos jóvenes discípulos que, al verle entrar de aquel modo, se indignan y quieren expulsarle de la clase; pero Jenocrates les contiene con solo un gesto y una mirada. Se restablece el silencio, y entonces el maestro, interrumpiendo la leccion, empieza un noble y sentido discurso sobre la modestia, la pureza del alma y de los sentidos, y el encanto que la virtud da á la juventud. Mientras hablaba el filósofo, se conmovia Polemon, pierde poco á poco su audácia y su jovialidad, sus ademanes se vuelven modestos, y por primera vez se sonroja,

haja la vista, se quita la corona de flores, se arroja modestamente con la túnica, escucha con mayor atencion, y por último, estalla en lágrimas su conmocion.

Bastó aquella leccion para enmendar su conducta, y desde aquel dia fué el discípulo mas asiduo de Jenocrates y el ciudadano mas recomendable de Aténas.

Embriaguez.

En un dia de embriaguez, olvidó Cárlos XII el respeto que debía á la reina, su abuela. Esta princesa se retiró á sus aposentos, traspasada de dolor. Al siguiente dia, viendo el rey que no se presentaba en la córte, preguntó la causa de tal ausencia, pues no se acordaba de lo que habia pasado la víspera. Dijéronselo, y fué al momento en busca de la reina, á quien dijo: «Señora, acabo de saber que ayer me olvidé del respeto que os debo; vengo á pedir os perdon, y para que no vuelva á suceder, os declaro que el vino que bebí ayer, es el último que beberé en mi vida.»

Cumplió el rey con su palabra, y desde aquel dia no bebió mas que agua: esta sobriedad, unida al ejercicio, contribuyó á robustecer su temperamento. Nunca se quejó de que los manjares fuesen poco delicados ó estuviesen mal guisados. Despues de una comida frugal, daba largos paseos á caballo, y en campaña dormía encima de paja esparcida en tierra, con la cabeza descubierta, sin sábanas, y cubierto solo con una capa. De este modo adquirió un temperamento de hierro, con el cual resistió á las mas violentas fatigas.

Glotoneria.

El duque de Maguncia, jefe de la Liga, era hombre á quien gustaba mucho el comer bien, pasando en los placeres de la mesa todo el tiempo que le dejaba en paz su infatigable rival, Enrique IV. Rara vez salía de estos festines con la cabeza fria, y entonces era cuando batía á Enrique IV, primero con la imaginacion, y luego en realidad.

El día de la batalla de Arques¹ comió abundantemente, según su costumbre; á los postres le sirvieron un excelente melon, y cuando iba á comérselo, fueron á advertirle que la caballería de Enrique IV se había adelantado imprudentemente hasta un soto vecino, donde podía ser sorprendida y copada, si quería dar la orden para ello; los mensajeros añadieron que el ejército de la Liga, aprovechando de este triunfo, adquirido sin trabajo, podría arrojarse de improviso al campo enemigo, forzarle y quizá hacer prisionero al mismo Enrique.

« Esperad un momento, dijo el duque; dejadme comer el melon. »

Pocos instantes después llega un oficial y le da un parte igual al precedente. « Dejadme acabar de comer este melon, » repitió Maguncia.

En fin, le anuncian que el ejército enemigo está ya á la vista, y que solo tiene tiempo para montar á caballo.

« ¡ Ya me lo he comido! exclama el duque muy satisfecho. Y diciendo esto monta á caballo, sale al campo, y es completamente derrotado: justo castigo de su gula y de su glotonería.

Rasgo de un niño de cinco años.

[1789.]

Hé aquí un ejemplo de abstinencia, tanto más interesante, cuanto nace de la ternura filial, y su autor es un niño de cinco años. Un cura de las cercanías de Rennes, ciudad de Francia, envió á buscar á tres hijos de uno de sus parroquianos, muy miserable, para hacerles tomar medida de un vestido. El frío era rigorosísimo, y los tres niños tenían los miembros entumecidos; el buen cura les hizo atercar á la lumbre, y les dió un pedazo de pan y carne. Los dos mayores se comieron su ración con mucha gana, pero el tercero miraba la suya con un aire satisfe-

1. Cerca de Dieppe, en 1589. Maguncia tenía 25,000 hombres, y Enrique solo 10,000.

cho, sin tocarla. « ¿ Por qué no comes, hijo? le dice el cura con suma bondad. — Porque quiero guardar mi pan y mi carne para mi madre que está enferma, responde el niño. — Cómetelo, replica el cura, que yo enviaré á tu madre lo que necesite. — No me lo comeré, porque quiero llevárselo á mi madre yo mismo. »

A estas últimas palabras se llenaron de lágrimas los ojos del niño. « No llores, hijo mio, replica el cura; á tu madre no la faltará nada; pero mientras tanto come tú, porque debes tener gana. — Sí, señor, que tengo gana, pero mi madre está enferma. — Pues bien, aquí tienes pan y carne para la madre, pero quiero que te comas lo que te he dado. — En este caso, señor cura, comeré el pan solo, porque quiero llevar la carne á mi madre, y así tendrá mas. »

§ V. PACIENCIA.

La cólera es un acceso de demencia. No seas orgulloso ni arrebatado; evita las contiendas, que son fuente fecunda de todas las desgracias: Es menester acudir ántes á calmar un resentimiento, que á apagar un incendio. (*Moralistas antiguos.*)

La impaciencia encona y enajena los ánimos, y la dulzura les hace volver en sí. (*MADAMA DE MAINTENON.*)

Haced un estudio de la paciencia y sabed ceder por razon. (*MADAMA DE LAMBERT.*)

Cuando me hacen una injuria, trato de elevar mi alma tan alto, que la ofensa no pueda llegar hasta mí. (*DESCARTES.*)

El duelo está reprobado por la ley divina y prohibido por las leyes humanas. (*Curso de moral.*)

Temístocles.

Temístocles hizo á Aténas, su patria, y á la Grecia toda, los mayores servicios; pero sus ingratos conciudadanos le desterraron, y tuvo que refugiarse al lado del rey de Pérsia.